

lo entra en este estado, sin el auxilio, ni influencia de otra persona que no sea él. El mismo es el que *hipnotiza* y es *hipnotizado*: así, no se cuenta sino con su inteligencia y su voluntad. Y entónces llegamos á absurdos que van á palparse, materializándolos por medio de un ejemplo. Supongamos al aldeano de Buzancy, no magnetizado sino *hipnotizado*; y tendremos en él una inteligencia rústica y roma, pues apenas es capaz de pronunciar una palabra; á la vez que culta y penetrante, pues instruye ilustra y dice las cosas todas cuales las exige la verdad; una inteligencia envuelta en tinieblas de ignorancia al mismo tiempo que radiante de sabiduría. Encontraremos en él una voluntad enteramente esclava y absolutamente libre, una voluntad que quiere lo que no le es posible querer, y hace lo que no está en sus manos hacer.

o Pero los eslabones de esta cadena de absurdos se harán mas perceptibles en lo que falta que decir.

CAPÍTULO II.

SUMARIO.

Se ataca la teoría del sonambulismo en su base.—Papel que desempeñan los sentidos en los *hipnotizados* y en los sonámbulos.—Ellos son cadenas del alma.—No se demuestra, sino por la necesidad en que se está de explicar los fenómenos.—Si el sonambulismo es la causa, los noctámbulos obrarían aquellos prodigios, y no los obran.—Diferencias entre los sonámbulos y los noctámbulos.—El sonambulismo no produce los fenómenos por que sea *magnético*, ni por que sea *nervioso*.—Aburdo en que está basada la teoría del sonambulismo.—Supone que el alma puede obrar sin el auxilio de los sentidos.—Semejante supuesto es falso.—El hombre es un sér compuesto de alma y cuerpo, de forma y de materia.—Es un todo, uno é indivisible.—La union de su alma y de su cuerpo no es accidental, sino sustancial.—Consecuencias de estas verdades.—El alma obra conforme á su naturaleza, cuando lo hace sirviéndose de los sentidos.—Si se la priva de ellos, se la hace violencia.—El sonambulismo artificial se halla en este caso.—El cuerpo es cárcel y los sentidos cadenas del alma conforme á la opinion de los que combatimos.—Yerran y se engañan á si mismos.

Ataquemos la teoría del sonambulismo en su base. Ella supone que la causa de los fenómenos físicos, psicológicos ó extranaturales está

dentro del mismo hombre, que por medio del sueño se apodera de un instrumento que hace más eficaz la acción de su inteligencia y de su voluntad, y entra en una atmósfera en la que más fácilmente se puede comunicar con las otras voluntades y con las otras inteligencias; ó bien, que á virtud asimismo del sueño rompe con las cadenas que le unen al cuerpo, y que, se da por sobrentendido, no desempeñan otro papel en la vida ordinaria, que el de entorpecer las operaciones del espíritu, limitar sus alcances y rodearle de tinieblas. El sueño *magnético* produce los primeros efectos, en opinión de sus partidarios, y el *nervioso* los segundos, en concepto de los que en el *hipnotismo* han creído encontrar últimamente la piedra filosofal.

Pero, en efecto, ¿el sonambulismo proporciona al hombre aquel instrumento, le trasporta á aquella atmósfera, rompe la cadena de los sentidos temporal y pasajeramente como se asegura? No se rinde otra prueba sobre la verdad de este hecho que la necesidad que hay de él, para explicar la larguísima serie de los que se le siguen. Así se raciocina realmente: los prodigios de que es centro el sonámbulo, exigen tal poder tal vehículo y la suspensión de tales funciones de la vida común; luego el sonambulismo que

es el primero de los hechos que se observan, es la causa de los demás; luego él suministra ese poder al alma, la coloca en ese medio, é interrumpe el lazo que la une á los órganos que la comunican con el mundo exterior. El raciocinio no puede ser más ilógico: pues bien traducido equivale á este: los fenómenos deben tener una causa; luego esta causa es el sonambulismo. Debía demostrarse, cuando menos, que ninguna otra era apta para producirlos.

¿El sonambulismo es la causa? Entónces donde quiera que tengamos un sonámbulo, se realizarán los prodigios. Y no sucede así, tratándose de los sonámbulos naturales ó noctámbulos.

Entre estos y los primeros hay diferencias radicales que vienen á colocarlos en categorías diferentes. Así, el noctambulismo nunca tiene lugar en los niños, es frecuente en los jóvenes y raro en los ancianos; y el sonambulismo artificial *magnético* ó *nervioso* se aviene á todas las edades, y no exceptúa ninguna, aunque guarde más afinidades y muestre más simpatías por alguna determinada. El primero casi nunca se advierte en las personas del sexo débil, mientras que el segundo es en ellas más común, como lo era en las antiguas sibilas y pytonisas. Los efectos de uno y otro son absolutamente

diversos; los de aquel nada tienen de maravilloso, pues se limitan los noctámbulos á reproducir de un modo imperfecto las cosas que pensaron y practicaron en el estado de vigilia; y los efectos del sonambulismo o artificial son verdaderos prodigios, pues nada tienen en de comun con los actos de la vida ordinaria, y bajo sus influencias los *magnetizados* é *hipnotizados* hacen y piensan lo que nunca concibieron ni ejecutaron, sondan profundidades desconocidas y recorren espacios que han ignorado siempre.

Los sentidos del noctámbulo, además, permanecen los mismos, aunque adormecidos unos, y otros más excitados y estimulados por la imaginación, no abandonan sus órganos naturales ni se truecan las funciones de estos; y la trasposición de los sentidos es en los sonámbulos artificiales un fenómeno que no falta. Otra línea de separación que los viene á distinguir en sí mismos, es la marcada por la relación en que se encuentran con los objetos exteriores y principalmente con las personas. El sonámbulo natural no se comunica con ninguna que esté presente; y si casualmente su imaginación se ocupa de alguna, es dentro de sí misma y sin salir del círculo de sus propias, internas y por lo mismo, incomunicables operaciones; y el sonámbulo ar-

tificial poco ó nada se ocupa de sí mismo: su actividad propende hácia fuera, completándose, por decirlo así, en la comunicación con el magnetizador ó las demás personas que asisten al acto.

Tan sustanciales diferencias en los fenómenos que se observan en uno y otro caso, y en los efectos que se producen, están indicando que no se puede sin error identificar el sonambulismo natural con el *magnético* y *nervioso*. Ellas mismas alejan toda idea de atribuir al sonambulismo, solo por serlo, las maravillas espiritistas.

¿El sonambulismo es la causa de estas, no porque es sonambulismo, si no por lo que tiene de *magnético*? Pero entónces no se producirían los fenómenos en el *hipnotizado* en quien no se reconoce la presencia de ningún fluido, ¿Lo es por lo que tiene de *nervioso*? En este caso faltarían los fenómenos, cuando falta la excitación; y se presentarían, siempre que aquella aparece, y los hechos se oponen á semejante hipótesis.

El sonambulismo artificial es, pues, un hecho espiritista que no es causa de los demás, sino que como estos es causado por la causa desconocida que buscamos, y que si tenemos alguna paciencia, acabaremos por encontrar.

Por otra parte, esta teoría está basada sobre un absurdo, sobre un imposible metafísico, pues descansa en la suposición de que el alma puede conocer las cosas internas y las exteriores, y obrar sobre estas sin el auxilio de los sentidos, una vez que se consideran estos como obstáculo, como cadenas que impiden al alma desarrollarse en la vigilia todo el poder de que es susceptible, toda la actividad que encierra en su carácter de espíritu. Por esto los partidarios del sonambulismo magnético creen una ventaja psicológica la paralización de los órganos por cuyo medio se manifiesta la vida de relación; y los defensores del hipnotismo la juzgan indispensable para la explicación de los fenómenos, pues no podrían ser, según ellos, si no se aislara e independiera absolutamente, sea por algunos instantes, el espíritu de toda materia.

De otra manera no podrían, por confesión de ellos, dominar, como parece que dominan la naturaleza física, y tener á su servicio, como parece que tienen, la muchedumbre de agentes naturales que se ponen en juego. No podrían tampoco causar las enfermedades en los que disfrutaban de plena salud, y curarlas en los que las padecen. La trasposición de los sentidos y el trastorno de las sensaciones no tendrían ra-

zon de ser en el orden fisiológico, de la propia suerte que en los órdenes psicológico y ultra-natural carecerían de ella los fenómenos de la segunda vista, del conocimiento súbito de las cosas ocultas, de la penetración de los pensamientos ajenos, del dominio sobre el porvenir y de la consiguiente predicción de los sucesos futuros, atributo exclusivo de la Divinidad.

Pero la verdad es que, si el alma humana con el uso expedito de sus sentidos, unida al cuerpo, gobernándole y sirviéndose de él, no es capaz por sí misma de la potencia que supone en la causa los portentos espiritistas, ménos capaz será, privada del auxilio de los sentidos, que son la causa instrumental, pero necesaria de todos sus conocimientos, y separada del cuerpo, que es como el complemento de su personalidad.

Porque el hombre es un sér compuesto de alma y de cuerpo, de forma y de materia; y es lo que es, es decir hombre, no solo por el alma, que le distingue esencialmente de los otros animales, y le coloca en medio de dos mundos, sino también por el cuerpo que le comunica con la tierra. Si el hombre fuera tal solamente por el alma, no sería uno con el cuerpo, ni la mano con que escribe, ni el pié con que se transporta de un punto á otro del espacio serían suyos. Le

pertenecerian, como le pertenece, por ejemplo, el cincel con que de un pedazo de mármol forma una estatua, y el pincel de que se sirve para pasar al lienzo las bellezas de la naturaleza. Mas esta accidental relacion de pertenencia, no autorizaria á ninguno para afirmar que el cincel y el pincel son miembros del hombre, como lo son la mano y el pié. El pincel de Apéles nada tenia de comun con la mano de Apéles. El pincel del artista griego habria podido servir á un artista del siglo XIX, si se le hubiera conservado; pero su mano solo pudo servir al padre de la pintura. En el supuesto contrario, Sócrates hubiera podido ver no solo con sus ojos, oír no solo con sus oidos, sino con los ojos y los oidos de Aristóteles y de Platon. Aquiles habria sentido el dolor de la mortal herida en el talon y en la sandalia que le cubria, ó bien ni en la sandalia ni en el talon.

El hombre, es fuerza reconocerlo ó renunciar á ser filósofo, es un todo; es uno y es invisible. Suprimid el alma, y tendreis un cadáver pero no un hombre: no contéis con el cuerpo, y tendreis una inteligencia, un ángel, si le extimais demasiado, pero nunca un hombre. Separad el oxígeno del ázoe que juntos constituyen el aire; y no quedará aire sino únicamente ázoe. Haced

lo mismo respecto con el oxígeno é hidrógeno que forman el agua, y despues de la operacion, podreis analizar cualquiera de aquellos elementos; pero no el agua que habrá desaparecido con la separacion.

El cuerpo no es un apéndice del alma, ni el alma el barquero que da direccion y movimiento á la barca del cuerpo. Si así fuera, podrian concebirse y existir separados el alma y el cuerpo, como se conciben y existen la obra separada del apéndice, el barquero de la barca, y reciprocamente la barca del barquero y el apéndice de la obra. La union del cuerpo y de la alma en el hombre no es accidental; es por el contrario, sustancial. El sentido íntimo nos lo está persuadiendo á todas horas. No siente el cuerpo solo, ni el alma sola; sino alma y cuerpo juntamente. No siente la una un dolor y dolor diferente el otro, sino entrambos el mismo dolor. La unidad del sér humano, su individualidad, su personalidad es un hecho que cuenta en su apoyo con la más irresistible de las evidencias, la de la conciencia, que ni tiene menguantes ni sufre eclipses.

La naturaleza, pues, del hombre consiste en ser un compuesto sustancial. Su existencia descansa sobre esa base y su accion debe seguir

esa razon. Es preciso no olvidarlo: el sér obra como es, y es como le muestra su naturaleza.

¿Y que se infiere de todo esto? Esperad. No nos resta otra cosa más que recordaros un principio claro como la luz, irresistible como la verdad. Un sér es tanto más perfecto, se acerca más al tipo de la perfeccion, cuanto más se conforman sus movimientos y sus acciones con su naturaleza constitutiva. Todo lo que tiende á contrariar la naturaleza es una especie de violencia; y toda violencia lleva por el camino de la destruccion, al aniquilamiento, á la nada que es la negacion absoluta del sér, y por lo mismo la negacion absoluta de la perfeccion que sigue al sér, como la sombra al cuerpo.

La consecuencia que extrañabais salta á los ojos méanos perspicaces, y se presenta del modo más espontáneo á los entendimientos más obtusos; no necesitamos hacérosia notar.

Si la naturaleza del sér que llamamos hombre está en la union de una alma racional con un cuerpo organizado, el hombre será tanto más perfecto, se acercará tanto más al tipo de la perfeccion, cuanto más conformes estén sus acciones con aquella naturaleza, cuanto más en armonia se hallen con esta union. Por el contrario, será tanto méanos perfecto, se alejará

tanto más del tipo de la perfeccion, cuanto mayor sea la violencia de que, al obrar, sea objeto su naturaleza, cuanto méanos estrecha sea la union entre el elemento inteligente y el elemento corpóreo que le constituyen; de suerte que si la union llega á cero, la perfeccion humana es ninguna.

Ahora bien; el sonambulismo artificial es una violencia que se hace á la naturaleza del hombre, y tiende á la separacion más ó méanos completa del espíritu y de la materia. Los efectos de que se le cree causa son mas asombrosos, miéntras mayor es la distancia á que el alma y el cuerpo se ponen bajo su inflojo, miéntras la independendia del principio pensador con respecto á los sentidos es más absoluta. El sonámbulo, pues, que en sus acciones se muestra más perfecto que el hombre, puesto que su inteligencia abarca verdades que en el estado de vigilia le seria imposible abarcar, y puesto que su voluntad ejecuta cosas en el sueño, que despiertos no ejecutarían todos los hombres juntos, es la personificacion del absurdo, si pretendemos ver en las acciones de que parece centro, acciones propias y no de otra inteligencia que le ha encadenado y le domina.